

Guillermo Rodríguez Rivera por el camino del oficialismo

Duanel Díaz Infante

PUBLICADO POR LAS EDICIONES BOLOÑA, DE LA OFICINA del Historiador de la Ciudad (La Habana, 2005, 139 pp.) y lanzado en la Feria del Libro de La Habana en febrero de 2005, *Por el camino de la mar. Los cubanos*, el último libro de Guillermo Rodríguez Rivera, fue recientemente presentado por Cintio Vitier en el espacio sabatino del Instituto Cubano del Libro. En esa ocasión, aprovechada por numerosos lectores para adquirir el libro en pesos cubanos, se anunció que Letras Cubanas prepara una edición masiva de la obra que estará lista para la próxima edición de la Feria. Las palabras de presentación leídas por Vitier fueron rápidamente publicadas en el diario *Granma* (24 de octubre, 2005), que acogió, pocos días después, un comentario laudatorio de Rogelio Riverón, mientras que en *Juventud Rebelde* aparecía una igualmente elogiosa reseña firmada por el periodista Randol Peresalas. Los sitios digitales dedicados a la promoción de la literatura cubana no se quedaron atrás: en *Cuba Literaria*, el libro fue alabado y *La Jiribilla* lo ha puesto a disposición de los lectores en sucesivas entregas.

¿Qué tiene *Por el camino de la mar. Los cubanos* para merecer los elogios de Cintio Vitier, la atención de los sitios literarios cubanos y los honores de una reedición masiva? La respuesta salta a la vista a la primera lectura: el libro de Rodríguez Rivera contiene una ostensible legitimación del actual régimen cubano. Más que en la tradición de *El pueblo cubano*, de Ortiz, y la *Indagación del choteo*, de Mañach, se sitúa en la del *Calibán*, de Fernández Retamar, y *Ese sol del mundo moral*, de Vitier. Como ensayo de psicología social o de exégesis nacional, este ensayo sobre los cubanos no pasa de la medianía intelectual; como

ensayo de legitimación del *statu quo* resulta muy superior, toda vez que, sin ser un panfleto progubernamental, su interpretación del proceso histórico cubano coincide básicamente con el discurso oficial.

Para comprobar esto, bastará a cualquier lector abrir el libro en la última página. Allí el autor afirma, después de asegurar que el final del diferendo Cuba-Estados Unidos no será el predicho por Willy Chirino en su conocida canción, que «esa vida en paz que casi nunca han tenido, les permitiría a los cubanos replantearse sin la amenaza de debilitamiento ante un enemigo que lo sitúa, cuáles han sido los conflictos que dañaron en su base misma al modelo socialista representado por la desaparecida URSS. Acaso les permita la consideración de problemas que la permanente hostilidad yanqui les ha impedido considerar, porque los ha obligado a cerrarse sobre sí para defender su seguridad» (p. 139). Según de ello se deduce, no es el Gobierno quien impide a los cubanos debatir libremente los problemas de su sociedad, sino la constante hostilidad del país vecino. Mientras ésta exista. Rodríguez Rivera coincide tácitamente con la aseveración de Fidel Castro, citada por él en su epílogo, de que en Cuba cualquier otro partido político que no sea el Comunista será el «partido de los Estados Unidos». La legitimidad de la crítica y de la oposición al régimen queda entonces pospuesta, Comandante y ensayista mediante, para cuando el diferendo desaparezca. Aunque, bien mirado, poco habrá de ello en la consideración de Rodríguez Rivera, toda vez que éste confunde una y otra vez pueblo y Gobierno. El discurrir sobre «los cubanos» vela la existencia en la Cuba supuestamente revolucionaria de una burocracia en el poder y de una gran masa de habitantes privados de sus más elementales derechos ciudadanos.

Que el discurso sobre el carácter nacional, al que contribuyeron con piezas notables los clásicos de la ensayística cubana de la etapa republicana, resurja ahora con un neto contenido ideológico, no deja de ser plenamente consonante con el giro nacionalista emprendido por la ideología del Estado a raíz de la caída del muro de Berlín. Recordemos que el canon marxista que la crítica y la historiografía de la Isla fueron conformando en los años 60 implicaba necesariamente, aunque no siempre de modo explícito, el cuestionamiento de un buen número de los estereotipos tradicionales de la cubanidad. Si, como explicó Ambrosio Fornet en uno de los ensayos medulares de la década, la Revolución del 30 había vuelto «superficiales y precarias» las definiciones positivistas del cubano, produciendo, entre los intelectuales incapaces de explicar la realidad en términos de clases, nuevas indagaciones influidas por el raciovitalismo orteguiano, la de 1959, triunfante a diferencia de aquella, ¿no venía a manifestar a su vez la obsolescencia de estas otras nociones sobre el carácter cubano? Si la antimachadista, al decir del propio Mañach en el prólogo a la segunda edición de su *Indagación...*, había contribuido a erosionar el choteo, ¿no lo había eliminado en buena medida la Revolución comunista?

Es un hecho que la tradición ensayística que continúa ahora Rodríguez Rivera, de la que el mencionado escrito de Mañach constituye el ejemplo más célebre, cayó en crisis a medida que la visión marxista de la cultura y la historia

cubana se fue imponiendo. Y es ahora, cuando la Constitución no define ya al país como un Estado proletario y la historia de Cuba difundida por los aparatos ideológicos del Estado se aleja cada vez más de la «historia del movimiento obrero» cubano, que los tradicionales tópicos sobre la liberalidad del cubano se reciclan, en el ensayo de Rodríguez Rivera, para velar en favor del Estado totalitario las relaciones de neta subordinación que éste mantiene con los individuos. Así, son las «particularidades de la historia y la cultura cubanas que, a la larga, han arraigado en el modo de ser del cubano» como el incumplimiento en la Colonia de las leyes imperiales, las que explican, según Rodríguez Rivera, «realidades de nuestra vida actual y reciente» como el florecimiento del mercado negro tras la supresión estatal del «mercado libre campesino». «La intransigencia moralista del Estado —en este caso aferrado al trascendentalismo español, e ignorando otros factores fundamentales del ajiaco cubano— quedaba sistemáticamente burlada por el sentido de lo inmanente del cubano, lo cual no implicaba un rechazo global al Estado y a sus concepciones, sino una natural aplicación del «se acata, pero no se cumple» en condiciones actuales mas, en ese caso, análogas. Finalmente, el Estado tuvo que retroceder» (p. 66).

No explica Rodríguez Rivera cómo una medida dictada «acaso con las mejores intenciones, con el empeño de hacer justicia» puede enfrentarse a «la necesidad de sobrevivir» de las personas; tampoco, cómo es posible que un régimen pretendidamente democrático obligue a sus ciudadanos a comportarse como lo hacían los súbditos de la Corona española en los tiempos del contrabando. ¿Es el «sentido de lo inmanente del cubano» o la universal tendencia a la supervivencia lo que se manifiesta en el mercado negro y la violación de las leyes estatales? ¿No existían estos fenómenos en países con psicologías sociales tan alejadas de la del cubano pero con regímenes semejantes como los de Europa del Este? Las nuevas medidas que toma hoy el Estado cubano contra el mercado libre y los trabajadores por cuenta propia no hacen sino demostrar la falacia —típicamente idealista, si la medimos con un riguroso rasero marxista— de los argumentos de Rodríguez Rivera: la liberalización de la década del 90 no se debió en modo alguno a que el Estado haya comprendido la inviabilidad de sus prohibiciones, sino a un recurso de supervivencia asumido como única tabla de salvación ante la orfandad económica en que lo dejó la pérdida de los subsidios provenientes de la Unión Soviética; ahora que su alianza con el Gobierno de Chávez lo hace saberse más fuerte económicamente, Castro declara que con medios capitalistas no se construye el socialismo e intenta erradicar esos pequeños espacios de libertad y desahogo que significan un potencial de independencia del individuo.

Justamente la sacrosanta identidad nacional regresa como coartada en la legitimación del Estado poscomunista en la medida en que identifica de manera fraudulenta la soberanía nacional con la libertad individual de los cubanos. «Isla que ha sido y es encrucijada, donde la no finalidad se ha convertido en su reverso, y la provisionalidad se ha convertido en destino; tierra de ingravidez histórica, en la que soplan siempre vientos encontrados, impulsados por la

borrasca o la calma del mar inacabable; lugar donde se escucha siempre el canto de las sirenas que nos convoca a ser lo que no somos, los cubanos persistiremos en esa identidad que nos hace incólumes a todas las influencias. Estados Unidos, imponiendo pragmáticamente los valores de su modo de vida, necesitan desustanciar en parte lo que tocan» (p. 52). ¿Qué hay en esta cursi glosa de las palabras finales de *Lo cubano en la poesía* sino una clara defensa del régimen cubano?

No otra cosa encontramos en la ligerísima descalificación de los argumentos de Rafael Rojas sobre el patriotismo suave, y los de Ponte sobre la obra de Martí, atribuidas estas últimas sólo a un deseo de escandalizar y ganar notoriedad por parte del autor de «El abrigo de aire»¹. A esta «suerte de neoconservadurismo» que, con ostensible determinismo, considera condenado al fracaso desde sus primeras manifestaciones en la Colonia con los reformistas y las posteriores en la República con Mañach, Rodríguez Rivera opone la vigencia del programa martiano, pasando por alto el hecho de que en el régimen actual el doble anhelo que lo constituye —«la independencia de Cuba y la libertad de todos los cubanos», al decir del ensayista— entra en flagrante contradicción: el primero no es sino la coartada retórica para la cancelación del segundo. Al vitieriano modo, Rodríguez Rivera identifica a Martí con la trascendencia del destino. Martí, «si es Apóstol, lo es de algo que va mucho más allá de la independencia cubana. Es el Apóstol de un destino que todavía espera por nosotros./ Ahí está Martí, estará siempre para los cubanos. A menos que la Isla vuelva al fondo del mar que la rodea» (p. 88). Frase ésta que recuerda no poco aquella letra de Pablo Milanés que rezaba que «será mejor hundirnos en el mar / que antes traicionar / la gloria que se ha vivido».

Con oportuna ingenuidad, Rodríguez Rivera no nota en su ensayo la tácita complicidad entre el bloqueo norteamericano y el Gobierno de La Habana. Escamotea la ineficiencia económica del sistema cuando habla, por ejemplo, del desarrollo del «capital humano» en una educación que «ha obligado a disponer de cuantiosos recursos extraídos del consumo de los ciudadanos» y que, como tarea formativa, incluye «desde el litro de leche que reciben infaliblemente todos los niños cubanos menores de ocho años, hasta los libros de todos los niveles» (p. 111). Pierde de vista que el hecho de que Castro no se haya caído no constituye en modo alguno un argumento a favor de su régimen ni demuestra que el pueblo lo apoye: los argumentos de Rodríguez Rivera recuerdan aquel pragmatismo de los estalinistas que Camus denunciara brillantemente en *El hombre rebelde*. Afirma que el único programa del exilio es «la reconstrucción de la Cuba de 1958» y que la libertad que buscan quienes emigran «es, sobre todo, la de consumir».

¿Habrá que insistir en que la libertad de expresión es inseparable de la libertad de empresa, que el hecho de que en Cuba no se puede expresar una opinión y de que no se puede vender la propia casa o tener un negocio son en el fondo el mismo: no hay libre debate de ideas como no hay mercado libre? Pero seguir comentando en detalle la consonancia del ensayo de Rodríguez Rivera con el discurso oficial sería ciertamente aburrido. Concluyo, entonces, disintiendo

y consintiendo de Vitier. Aunque *Por el camino del mar. Los cubanos* no evidencia por ningún lado la «lucidez, puntería y valentía» que le reconoce quien es considerado en los medios oficiales como el más importante intelectual cubano vivo, sí es indiscutible que resulta, lamentablemente, «un tratado de historia de Cuba que sólo pudo escribirse desde los años que hemos vivido de Revolución».

1 Un gravísimo error de edición presenta las críticas a Ponte y a Rojas como parte del ensayo «Martí, una ansiedad», de José Kozzer, que Rodríguez Rivera cita antes de arremeter contra la «tendencia a la 'desacralización' mar-
tiana» (p. 67). Al mantener la sangría de cita en las palabras de Rodríguez Rivera, las opiniones de éste son atribuidas a Kozzer, lo cual puede confundir a los lectores desprevenidos.



Estrategias de escape.
Óleo sobre lienzo, 200 x 150 cm., 1998.
Colección José A. Pérez-Gurrí y Sra.